

*Nuevas tecnologías e identidad humana:
presente y futuro
New technologies and human identity:
present and future*

LUCÍA DEL CARMEN GARCÍA PALMA
IES Huerta alta de Alb. de la Torre (España)

recibido: 31.03.2017

aceptado: 18.04.2017

RESUMEN

Este trabajo fue tercero en la IV Olimpiada de Filosofía que organiza FICUM en la modalidad de secundaria y bachillerato, para promocionar la filosofía entre los jóvenes.

PALABRAS CLAVE

IDENTIDAD, TECNOLOGÍA, PRESENTE, FUTURO

ABSTRACT

This work was the third in the IV Olimpiad of Philosophy that FICUM organized in the section of secondary school and high school, to promote the philosophy among young people.

KEY WORDS

IDENTITY, TECHNOLOGY, PRESENT, FUTURE

EN ESTA DISERTACIÓN ME PROPONGO abordar temas tales como el papel que juegan las nuevas tecnologías en la función de relación humana y en el pensamiento, el uso que hacen de ellas los medios de comunicación y el poder mediático –en este punto me detendré con especial énfasis–, y la simbiosis entre el imparable proceso globalizador y unificador con la tecnología y la influencia de esto sobre la identidad humana.

Vivimos en un mundo radicalmente distinto del de hace unas pocas décadas, y esto es visible en múltiples aspectos. No obstante, si realizamos un análisis algo más profundo de la situación actual, nos percatamos que lo que principalmente ha transformado la vida de las personas ha sido la tecnología. De hecho, para ser incluso algo más precisos, las «nuevas tecnologías»: programas, aplicaciones y procesos. Las denominadas «tecnologías de la información».

Si nos limitamos al ámbito biológico, poco hemos cambiado los seres humanos con respecto a nuestros antepasados desde hace miles de años. Las especies necesitan milenios para evolucionar, y la nuestra, como seres vivos que somos, avanza también al ritmo que marca la naturaleza. Al menos así ha sido hasta ahora, aunque también aquí la tecnología abre nuevas ventanas a la evolución.

Por su parte, la tecnología está en constante desarrollo, es fruto de una frenética innovación por la que trabajan diariamente muchísimos ingenieros a lo largo y ancho de la Tierra –en gran parte debido a la globalización–. Por tanto, cabe plantearse cómo estamos ajustando este desfase cronológico entre lo biológico y lo cultural –si es que se pueden compatibilizar– y las consecuencias que puede acarrear.

Como ya he señalado que me interesa poner de manifiesto en qué medida afecta a nuestra identidad, quizás sería pertinente revisar qué entendemos por «identidad». La segunda acepción de la Real Academia de la Lengua Española la define como «conjunto de rasgos propios de un individuo o de una colectividad que los caracterizan frente a los demás». La tercera, como «conciencia que una persona tiene de ser ella misma y distinta a las demás».

Me propongo realizar una reflexión constructiva valorando ponderadamente pros y contras sobre el asunto a tratar: que filtramos el mundo cada vez más a través de las pantallas es un hecho innegable, como también que afecta a nuestra identidad.

En primer lugar, quisiera exponer mi opinión acerca del rol de las nuevas tecnologías en la función vital que los humanos más hemos desa-

rrollado: la relación. En esta parcela es donde las nuevas tecnologías, sin duda, han alcanzado un gran potencial.

Los dispositivos móviles han hecho posible que nos comuniquemos en prácticamente cualquier ubicación y momento. De este modo, han aflorado nuevas formas de comunicación (y con ello, nuevos tipos de relaciones) que antes eran impensables. Ejemplos claros los tenemos en las aplicaciones Skype, Whatsapp o Snappchat. Sorprende la atención y tiempo que dedicamos a las redes sociales cuyo atractivo principal es subir, comentar y/o compartir –dígase Instagram– material audiovisual en general e imágenes en particular. Estamos hablando de que la comunicación ha pasado de ser principalmente verbal, ya escrita o ya escuchada, a ser visual. Esto es absolutamente innovador, ya que para el cerebro humano resulta muchísimo más llamativo una foto sugerente que un texto que tenga que desmenuzar –intelectivamente hablando. Y la capacidad comunicativa de una imagen es tan poderosa que puede transmitir tanto como el lenguaje verbal. Sobre todo, en un mundo donde se da tanta importancia a la inmediatez y a la superficialidad. Wittgenstein afirmaba en el *Tractatus* que los individuos poseemos una visión del mundo que viene dada por el lenguaje que se nos enseña. Entonces podremos comprender el porqué de la creciente valoración de la imagen en la sociedad actual. Decía «los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo», pero es que cuando el lenguaje ha adquirido tal extensión, tal despliegue de formas y con tal efectividad, ¿cuáles son ahora los límites de nuestro mundo?

Por otra parte, con las nuevas tecnologías podemos conocer –al menos virtualmente– a personas que viven a kilómetros de distancia, que hablan otros idiomas y que sostienen diferentes posturas ideológicas. Está a nuestro alcance incluso encontrar pareja e ir valorando los grados de compatibilidad. También es fácil hallar «amigos» en redes sociales (otra cosa será determinar cuánto de real y cuánto de virtual contiene).

En segundo lugar, pero muy relacionado con lo anterior, me parece necesario destacar el uso que hacen de las nuevas tecnologías los usuarios, los medios de comunicación y el poder mediático. Si bien es cierto que las nuevas tecnologías han permitido un intercambio de información extraordinariamente variada a una velocidad vertiginosa de un extremo a otro del globo, y que gracias a esto se ha hecho posible que no tengamos que limitarnos a acceder a un número reducido de fuentes documentales, tampoco nos podemos olvidar del hecho de que tantos individuos pue-

dan publicar su opinión sobre cualquier asunto hace que se tomen en consideración ideas de personas que, objetivamente, carecen de la preparación adecuada para emitir juicios bien fundamentados que puedan ilustrar a los demás. Este fenómeno ocurre con una asombrosa frecuencia en la sección de comentarios de las redes sociales. Cualquiera que desee manifestar su parecer sobre algún tema, puede. Incluso si en ocasiones son puntualizaciones irrespetuosas u ofensivas hacia terceros, o hasta si se reitera la jocosidad de vídeos que llegan a mostrar escenas escabrosas u obscenas. Probablemente esto se deba a que cuando existen soportes digitales de por medio, se banaliza todo el proceso comunicativo, y por ello nos atrevemos a proferir opiniones que en el lenguaje cara a cara no osaríamos.

El gran problema que se deriva de esto es que los individuos se complacen con la información que les llega y por ello no ahondan en la esencia de los asuntos. Así, no se trabaja la capacidad crítica, y se promueve la obediencia ciega e irracional. Ocurre justo lo opuesto a lo que Kant alentaba a practicar: la autonomía de la razón, el desarrollo de un pensamiento propio. De esta manera no se llega a la madurez (capacidad de pensar por uno mismo); paradójicamente, el uso público de la razón –por decirlo en términos kantianos– está aportando aparentemente mayor nivel de ilustración, porque prácticamente todo el mundo puede difundir su pensamiento a través de diversos medios, pero puede que sea inadecuado afirmar tal cosa porque frecuentemente lo que se difunde es de escaso nivel reflexivo.

Por otra parte, los medios de comunicación pueden ahora más que nunca ofrecer una amplia gama de noticias sobre esa «aldea global» que habitamos. Pero lo que debería ser información objetiva para que cada cual en el ejercicio de su pensamiento crítico valore de un modo u otro, se ha convertido en «relatos», encontrando cada cual aquel que más le conviene escuchar según su situación sociocultural y político-económica, en lugar de afrontar la realidad más allá del sesgo de sus propios intereses.

Existe una inclinación generalizada a bautizar este maquillaje de la realidad como «manipulación», especialmente cuando se trata de ideologías o medios con los que no nos identificamos. Podríamos preguntarnos, ¿quién mueve los hilos tras esta trama de cirugía de noticias? *Grosso modo* podríamos afirmar sin temor a equivocarnos que el control de la información lo poseen los gobiernos oligárquicos, las grandes multina-

cionales, las corporaciones mediáticas y los «lobbies» (ni más ni menos que lo que cabe esperar en un sistema capitalista que fagocita cualquier tipo de oposición). Noam Chomsky nos ilustra ampliamente sobre tal «manipulación mediática».

No obstante, lo que sin duda me parece más sobrecogedor no es el bombardeo de (des)información que recibimos, sino la cantidad de información que les proporcionamos nosotros los usuarios cuando usamos Internet, constituyéndose así un flujo bidireccional. Me refiero a los famosos «datos» que circulan en la «nube», ese lugar tanto o más abstracto que una idea, pero más real que el mundo de las Ideas de Platón. Sin duda, esto tiene su repercusión en la identidad.

Recordemos la tercera acepción de «identidad» según la RAE: «conciencia que una persona tiene de ser ella misma y distinta a las demás». «Que una persona tiene». Estrictamente hablando, ahora no es exactamente así, porque también la tiene quien controla esos datos. Bien sabía Pascal que «saber es poder», y justamente eso está sucediendo, que nos pueden controlar porque saben cómo somos.

Por último, hablaré sobre la simbiosis entre el proceso globalizador y unificador con la tecnología, que no ha sido menos extraordinario.

La cuestión de los idiomas ha evolucionado enormemente gracias a las nuevas tecnologías. Podemos aprender de forma interactiva con cualquier dispositivo que tenga Internet, y esto permite que las personas disfrutemos de una mayor apertura mental, tolerancia y experiencias enriquecedoras (por ejemplo viajando a países con culturas radicalmente distintas de las nuestras). Y esta facilidad y accesibilidad al nombrado aprendizaje de lenguas es –según lo que Wittgenstein entendía por aprender un idioma– conocer también una forma de vida social.

Por otra parte, continuando en el marco de la antropología, es manifiesto que paulatinamente se están difuminando las barreras culturales e ideológicas entre los distintos pueblos. Esto sin duda sería imposible de no ser por las vías de comunicación que ofrece la tecnología. Las costumbres de las diversas naciones son conocidas y cada vez más extendidas, pero al igual que estamos viendo que el conocimiento de las mismas podría favorecer su conservación como legado humano, la tendencia es inversa. Se está conformando una especie de cultura global que, a la vez que puede facilitar el entendimiento internacional y la generalización de los Derechos Humanos, también está haciendo que caigan en el olvido ciertas características fruto de la historia que pertenecen a la identidad

colectiva. Es cierto que existen tradiciones que no resisten un examen ético riguroso, pero hay otras más inocuas que lo que hacen es enriquecer por su diversidad al patrimonio de la humanidad.

Mediante el uso de las nuevas tecnologías, innumerables empresas han logrado deslocalizarse, renunciando a sus identidades originarias. Además, se ha hecho posible la unificación de mercados, y con ello, la oferta de las mismas gamas de producto en todos los países –esto va unido también a la idea de «cultura global».

A modo de conclusión, diría que la idea de progreso –nacida en la Ilustración y vigente hasta casi nuestros días– que ha ido tradicionalmente ligada a la tecnología no es tan ideal como suena, aunque no porque no existan medios factibles para lograrlo, sino porque su uso ha estado vinculado a propósitos alejados de promover verdaderamente la autorrealización del ser humano y ha estado y está al servicio de fines económicos, políticos y empresariales que promueven un alejamiento entre élites y población.

Tampoco podemos olvidar la pérdida de libertad, en los cada vez más frecuentes casos de personas que sufren de alguna adicción relacionada con las nuevas tecnologías, y que padecer cualquier tipo de adicción es en definitiva una manera de estar subyugado, algo que afecta inequívocamente a la identidad personal.

Igualmente, que agentes externos manejen nuestros datos de identidad para conseguir fines comerciales o de mera vigilancia tampoco da muestras de que seamos estrictamente libres. Es llamativo que debido al enorme control que permiten las nuevas tecnologías, con datos sobre hora y ubicación, estamos en ocasiones literalmente fiscalizados. Tampoco resulta exagerado hablar de «deshumanización». Por un lado, la comunicación se deshumaniza: cuando creemos estar charlando a través del móvil o del ordenador con otra persona tanto a miles de kilómetros como en la habitación contigua, no nos podemos olvidar de que lo que hay frente a nosotros es una pantalla –una pantalla cada vez más global, por decirlo con Lipovetsky.

Por otro, siguiendo a la Escuela de Frankfurt, podemos afirmar que el sistema ha desarrollado formas de alienación muy sofisticadas. Y en lo más propio de la identidad personal, me parece que es contradictorio e hipócrita que en una sociedad como la nuestra, en la que se fomenta el individualismo, el éxito y el beneficio propio, estén omnipresentes los fenómenos «de masas». Las masas están caracterizadas por la obediencia

y la sumisión complaciente a los medios, así que cada vez es más difícil encontrarnos rasgos verdaderamente diferenciadores entre las personas. En cualquier caso, creo que lo único que puede lograr un equilibrio entre el uso de las nuevas tecnologías y la identidad es el ejercicio de la razón y de la capacidad crítica como medio para alcanzar la libertad, y esto sí que hay que abordarlo desde la autonomía, porque lo que los medios pretenden es anularnos el juicio haciendo que nuestra opinión privada se amolde a la opinión pública claramente sesgada que difunden.